

La envidia de Felipe II había detenido aquel nombramiento impuesto por la necesidad. Don Juan, requerido por las principales potestades de Europa; ensalzado por el jefe de la Iglesia Católica; puesto sobre el pavés por todas cuantas tropas de mar y tierra dirigiera y mandara; sólo encontraba ceñudo y desabrido á su hermano, el implacable don Felipe. Como fuese antes de partirse para Holanda con algunas pretensiones al Escorial; y en el momento de prestar homénaje á la Reina, hiriera con la contera de su espada levemente al Rey en las cejas, asaltóle súbito la idea de arrojarle por una ventana del monasterio, que tal terror le inspiraba su sombrío deudo y absoluto Monarca. Por Octubre de 1576 viajaba Octavio de Gonzaga con un criado, á quien más parecía servir que mandar. Este criado no era otro sino el mismo don Juan de Austria en persona, quien se disfrazara de siervo y tiñera pelo y rostro con tal perfección que nadie lo hubiera tras aquellos afeites y disfraces adivinado y conocido. Así llegó hasta Luxemburgo, único territorio de los conocidos con el nombre general de Flandes que aún permanecía fiel á la corona de España. La política, más que la guerra, debía entonces y allí ensayarse. Bajo tal acuerdo, el príncipe mandó suspender todas las hostilidades. En cumplimiento de tal orden los españoles, de guarnición en la fortaleza de Gante, no se defendieron, aunque los asediaban veinte mil sublevados. A tal mansedumbre incomprensible después de tantas crueldades, rindiéronse algunos rebeldes, y declararon reconocer en el nuevo gobernador al antiguo Rey, si sacaba todas las tropas españolas del reino. La idea tomó tal cuerpo que penetró en los Estados Generales, y los Estados Generales creyéronla de tal importancia, que diputaran un embajador á don Juan, con quien firmaron la paz de Gante publicada en Bruselas por Febrero del setenta y siete y conocida en la Historia con el nombre de Edicto perpetuo. El horror de los españoles á la retirada es fácil de comprender aunque sea difícil de pintar. Dávila no quería entregar la fortaleza de Amberes, ni aun después de recibir una carta del Rey. Muchos de aquellos héroes se dispersaron y murieron desgraciadamente, por no asistir con su presencia en aquellos momentos á la inverosímil flaqueza y debilidad del gobierno. En efecto, las dos importantes provincias de Holanda y Zelanda, puestas bajo la dirección ya del príncipe de Orange, no entraron en el pacto, y su ejemplo comenzó de nuevo á suscitar dificultades, surgidas principalmente con ocasión de las aplicaciones dadas á las cláusulas, donde se contenían los cánones relativos á la paz religiosa. Don Juan se vió hasta en el trance de caer prisionero; y tuvo que apelar al engaño para conseguir una fortaleza en el territorio donde creía tener su hermano un trono. Así concluyó por dirigirse á los jefes de los tercios de Flandes, y conjurarles á un nuevo ingreso en el reino abandonado á la traición y á la perfidia.

Los tercios volvieron, pues, á Luxemburgo. Alejandro Farnesio, nieto del Emperador por hijo de Margarita, los acompañaba, luciendo ya en su frente las predestinaciones del genio. Don Juan le recibió con mucho agrado; y se holgó de tener consigo á quien, des-

pués había de ser con él aclamado entre los mayores capitanes de aquella fecundísima centuria. Bien pronto hicieron sentir al enemigo la fuerza de su brazo. A tres leguas de Namur se vieron españoles y flamencos, y á tres leguas de Namur lucharon. Menos en número, los españoles triunfaron por completo. Nuestra caballería, sin auxilio de otras armas, desbarató diez mil infantes, y causó la dispersión de los rebeldes. A tal triunfo desalojaron á Bruselas los enemigos, y cayeron los españoles sobre multitud de ciudades, rescatando provincias como el Henao y cometiendo hazañas como las de Limburgo y Daen. Imposible presentir cuánto hubiera hecho don Juan, aquel vencedor en mil encuentros, de no haberle atajado en su camino la muerte, sobrevenida, tras unas horribles tercianas, por Octubre de 1578, á los treinta y tres años de edad, entre las lágrimas de todo su ejército, y con el dolor hasta de sus mayores enemigos, quienes veían acrecentarse de modo desmedido, entre las sombras de su ocaso, los resplandores de aquella ingente gloria. Nadie con tantos títulos y aptitudes para sustituir al de Austria como su sobrino el de Parma. Comprendiólo así don Felipe II, y sancionó la designación del joven hecha por don Juan á la hora última de su existencia. El sitio de Maestrich demostró bien pronto la felicidad de la elección. Por Marzo de 1579 apretó la ciudad con tanta fuerza, que no se registran en la Historia muchos asedios tales, en lo empeñados y sangrientos. Inútilmente intentaron los rebeldes socorrerla, inútilmente; las trazas de Farnesio impedían todo auxilio y apretaban furiosamente la ciudad herida con todos los ardides mayores de la guerra unidos á los mayores esfuerzos. Por fin Maestrich sucumbió, y las tropas vencedoras de la ciudad revolucionaria se dieron á todos los excesos propios, en aquellos horribles tiempos, de tan cruentos triunfos. Trescientos habitantes quedaron sólo con vida. Diez y echo mil murieron á cuchillo. Pero el mérito de Farnesio no consistió tanto en sus maniobras militares como en sus tratos diplomáticos. A guisa de buen italiano, reunía con el coraje de un guerrero heróico, la prudencia de un político astuto. A virtud de tal idoneidad, comprendió bien pronto el flaco de su enemigo, que se hallaba en irreparable división. Las provincias valonas se inclinaban más al catolicismo que las provincias holandesas y zelandesas, aunque unas y otras se inclinaban á su separación é independencia de la corona española. Sucedió en Flandes algo de lo que sucedía en Alemania. Las regiones del Norte se inclinaban más que las regiones del Mediodía, en aquellos instantes supremos, á la religión luterana. Bien es verdad que Guillermo de Orange, Luis de Nassau, y otros magnates habían sido respecto á la revolución religiosa en Holanda, lo que Federico de Sajonia y los Landgraves de Hesse, y los marqueses de Brandeburgo; respecto á la revolución religiosa en Alemania. Guillermo de Orange tenía el protectorado de Holanda, y no toleraba transacción ninguna en el problema religioso, como si presintiese con los presentimientos propios del genio, cuanto aquella felicidad al principio revolucionaria, serviría en lo porvenir á su descendencia, y la conducía de la mano á sentarse allá en la cima del mundo, en la Sede altísima del trono

CAPILLA ALFONCINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. M.

constitucional de Inglaterra. Pero Felipe II, que sintiera en toda la guerra de Flandes accesos opuestos de transacción y de intransigencia, comprendió por las informaciones de Alejandro Farnesio, cómo debía tender á salvar por lo menos las provincias valonas, ya que no pudiese de ningún modo salvar el resto de sus Estados, contrariós á él, más que por razones políticas fáciles de vencer, por razones invencibles de religión y de creencia. Alejandro asedió con su hábil diplomacia en tratos y contratos sucesivos las provincias valonas, mostrando para este sitio político tanta prudencia, como arrojó en Maestrich mostró para el sitio militar. Ayudáronle mucho los nobles de aquellas provincias heridos por la intolerancia protestante y tan cansados de la dominación del príncipe de Orange, como de la dominación del Monarca de España. El obispo de Arras, especialmente, no perdonó medio de llegar á una inteligencia. Por ley natural de los sucesos, las estipulaciones débían adolecer de cierta dureza, para justificar la separación de un haz hasta entonces unido y apretado. Estipulóse, pues, que en el término de seis semanas saldrían de los Países Bajos todas las tropas españolas, sin que pudieran volver á presentarse allí sino por llamamiento expreso de las provincias mismas; resucitándose con este privilegio todos los demás, así políticos cual administrativos y económicos, según se gozaron ya en los tiempos anteriores á la guerra. Comprendiendo el de Orange todos los peligros encerrados para él y su causa en este convenio conocido con el nombre de concierto de Arras, provocó una confederación entre las provincias más importantes conocida desde entonces hasta hoy en la Historia con el nombre muy expresivo y muy célebre de la unión de Utrech. Las provincias confederadas formaban una sola nación, aunque dividida en diversos Estados. Para defenderse contra el extranjero tales varios Estados debían ser uno solo; y para gobernarse á sí mismos debían ser múltiples y varios. En Holanda y Zelanda no se había de profesar públicamente otra religión que la Reforma ya establecida; mientras que en las otras se dejaría el libérrimo ejercicio de las confesiones cristianas, sin que se pudiese ni atacarlas ni mucho menos imponerlas con los antiguos instrumentos de guerra y de violencia.

A pesar de las ventajas políticas y militares que al Rey procurara su sobrino Alejandro Farnesio, la envidia de aquél no dejó en paz á éste. Cuando todo lo conseguido, entre tantas dificultades, indicaba una extensión de atribuciones, ideó Felipe, con su doblez taimada, el restringirlas á quien había triunfado por su causa. Y de tal irrevocable propósito impulsado, ideó y ordenó que se dividieran los poderes, cediendo Francisco á su madre Margarita el civil, para quedarse tan sólo con el militar y el guerrero. Al recibir Alejandro la noticia de división tan extraña, no pudo contener su resentimiento, ni dejar de pedir su relevo. Margarita, obediente siempre á las órdenes de su hermano, abandonó por la perturbada Flandes la pacífica Italia; pero al presentarse de nuevo en los antiguos dominios de su regencia, viólos de tal manera desgarrados y cubiertos de sangre, que pidió ella misma repetidamente la continuación de los poderes de su hijo, con la cual veríase libre

de presenciar en los años últimos de su trabajada existencia el horror de una guerra incesante. Convino en ello Felipe, y devolvió al Farnesio la unidad completa del poder supremo. Mientras tanto, el príncipe de Orange había reunido las provincias no valonas, es decir, el mayor número de las provincias flamencas, y las había embarcado en la resolución de quitar hasta el nombre y el título exterior y vano conservados por deferencias comprensibles al poder y autoridad de Felipe. Proclamóse con toda solemnidad su destronamiento. Borráronse en todas partes sus blasones. Dejó de acuñarse moneda con su busto. Abatiéronse sus banderas. Y para que llegaran todos á entender como se había sustituido al reemplazado, llamó á ceñir la rota corona de Felipe á un Valois, hermano del Rey de Francia, reconocido en la Historia con el nombre ilustre de Alençon. Así no podía quedar ya duda respecto al Estado y situación de las provincias insurrectas, que levantándose á una sobre tal inundación de sangre y bajo tal diluvio de fuego, proclamábanse independientes y ceñían á sus robustas sienes la corona de sus conquistados derechos. Turbulento y ligero el de Alençon; acostumbrado á conspirar desde sus primeros años en las sociedades secretas del tiempo y á intrigar en las cortes y en los palacios, tomó el reinar como una intriga más y como una conspiración maquiavélica contra el mismo pueblo que le había confiado la guarda de sus derechos. Despedido y desahuciado por la Reina Isabel de Inglaterra, quien le dió promesa, pero no anillo de boda, marchó con poca esperanza en el amparo y auxilio de tan poderosa dama, desde Londres á Flesinga; para fijarse después en Amberes. Y cuenta que bien merecía otro proceder pueblo que no sólo engendrabá héroes, sino heroínas, como Felipa de Lalain, la cual, por vengar la muerte de su hermano, sostuvo el sitio puesto por Alejandro Farnesio á la ciudad de Tournay con denuedo, mereciendo el rivalizar en valor y paciencia, ella, débil y hermosa mujer, con tan ilustre y consumado general. Varias, y aun opuestas las alternativas de una guerra tan larga, sobrecogió trágico accidente al príncipe de Orange; accidente que pudo tener terribles consecuencias. Al concluir un banquete, siniestro y taimado asesino le disparó certero pistoletazo, haciéndole caer en el suelo sin conocimiento con las mejillas atravesadas y los dientes rotos. Ligero y ambicioso el de Alençon, cogido en mil enredos y mentiras, con aires de calavera y de traidor, imputáronle á una los de Amberes la tentativa de asesinato, y quisieron sacrificarle á él, después de haber descuartizado al asesino. Y lo sacrificaran, si Orange, volviendo en sí, no interpusiera como escudo el propio pecho entre la persona del príncipe y la cólera del pueblo. Indigno ciertamente de tal defensa el cuitado, porque tornadizo é inquieto, sin género alguno de conciencia moral ni de instinto político se confabuló con sus tropas, á fin de que lo proclamaran absoluto monarca, sobre los privilegios destrozados de Flandes, aquellos privilegios resistentes á la omnipotencia del soberbio Felipe. Tal grito de rebeldía produjo una matanza de franceses en Flandes, semejante á las Vísperas Sicilianas de Palermo; y Alençon mismo hubiera muerto degollado si

CAPILLA ALFONSEINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. M.